



[Lectio de Rebeca Grynspan, en su ceremonia de investidura como doctora honoris causa por la Universidad de Salamanca](#)

[Saludo a las autoridades presentes en la ceremonia]

Sean mis primeras palabras de inmensa gratitud hacia la Universidad de Salamanca y su Consejo de Gobierno, por este generoso reconocimiento. Gracias especialmente a la Facultad de Ciencias Sociales y el Instituto Iberoamericano por promover esta distinción, en la que me anteceden figuras de tanta relevancia como Muhammad Yunus y María Telo.

Me complace en particular compartir un título que han recibido grandes amigos y modelos a seguir: pienso en Óscar Arias y Enrique V. Iglesias. Gracias por el honor de unir mi nombre a esta lista.

Gracias también, querida Mercedes, por tu bondadoso discurso y por el simple gesto de estar aquí como madrina, acompañándonos en una ceremonia que me conmueve en lo más profundo. Gracias por sumarme a esta relación honrosa de ser parte de las seis mujeres que han recibido el doctorado honoris causa por la Universidad de Salamanca: Santa Teresa de Jesús (en 1922, en un nombramiento histórico impulsado en ese entonces por Miguel de Unamuno), Kirsten Kjelsberg (75 años después de la primera, en 1996), María Telo (en 2008) y Adela Cortina y Victoria Camps que este año me acompañan en tan noble condecoración. Que sea esta también una nueva oportunidad para expresarte mi admiración por tu trabajo y tu trayectoria, querida Mercedes. Tu *laudatio* me emociona tanto por lo que es, como por lo que representa.

No se me escapa el hecho de estar recibiendo el máximo honor académico de parte de la universidad más antigua de toda Iberoamérica. Recibir este doctorado en el año exacto en que la Universidad de Salamanca cumple ochocientos años de historia lo considero un honor inmenso. Ochocientos años de historia que se respiran ahora mismo en esta sala, en estos pasillos por donde transitaban Bartolomé de las Casas,



Francisco de Vitoria, Beatriz Galindo, Lucía de Medrano y Miguel de Unamuno, quien fuera su rector... Ochocientos años en el que todas las vueltas del mundo no hicieron que esta columna de luz que es la Universidad de Salamanca perdiera su eje. Ochocientos años de los que me siento ahora parte, que me atan a lo más profundo de Iberoamérica y de mí misma. Muchas gracias, Universidad de Salamanca, por este honor tan grande.

Recibo este Doctorado Honoris Causa como un voto de respaldo a las causas que he defendido a lo largo de toda mi carrera profesional: el combate contra la pobreza y las desigualdades, la búsqueda del desarrollo humano, la promoción del multilateralismo, el diálogo, la cooperación y la paz.

Intuyo, sin embargo, que este honor también se me concede por el arco de una historia que me ha llevado a recorrer la distancia desde un pequeño pueblo en las montañas de Costa Rica, hasta las altas esferas de la política internacional.

Los homenajes conllevan siempre un ejercicio de reflexión. Nos impulsan a mirarnos hacia adentro y juzgarnos con la vara del tiempo. A echar la vista atrás y ver el largo camino que nos ha traído hasta aquí. Hoy quiero hablarles de ese camino. De los valores que me ha enseñado, valores que en los tiempos tan convulsos en los que estamos quisiera reiterarles, con la esperanza de que, tal vez, pudieran volver a guiarnos.

Quiero enfocar mi discurso, por la urgencia que amerita, en un tema particular: la crisis de la identidad moderna y el resurgimiento de las políticas identitarias. Un tema que quiero abordar con la profundidad y complejidad que requiere de nosotros. Por eso les pido con toda humildad, a todos los que están en esta sala, que se unan a mí en esta introspección tan importante. Que se unan con paciencia, pero, sobre todo, con el amor a la verdad y a la esperanza que caracterizan las universidades y las mentes abiertas.

Permítanme empezar por decir lo que ya debería ser una obviedad. El mundo que conocemos está afrontando una verdadera crisis existencial. Tanto en las Américas como en Europa están surgiendo voces y movimientos xenófobos, racistas, que

buscan separarnos, que arremeten contra los proyectos comunes de la sociedad y las instituciones internacionales que nos sustentan y nos han sustentado desde la posguerra.

Hasta hace un par de años decíamos que, a pesar de que tuviéramos múltiples expresiones de discriminación, no teníamos entre los países Iberoamericanos ningún partido organizado alrededor del racismo, la xenofobia, la agenda anti-inmigración. Hoy dos años después, vemos como también en nuestra región comienzan a surgir organizaciones que enarbolan la política identitaria.

Esta crisis nos interpela en su urgencia y nos enfrenta a tres preguntas fundamentales. Tres preguntas que en la mañana de hoy voy a intentar de abordar con la profundidad que ameritan:

Primero ¿Cuál es el Origen de este resurgimiento de las Políticas Identitarias?

Segundo ¿Por qué ahora, cuando menos lo esperábamos, está sucediendo esta crisis?

Y tercero ¿Qué podemos hacer cada uno de nosotros?

El Origen de la Crisis

Empecemos por el origen:

No es nada nuevo que nos hagamos preguntas sobre nuestra identidad pues las identidades no son estáticas o inalterables, sino un devenir en el tiempo que nos ayuda a reconocernos, no a través de las certezas, sino de las dudas. El problema, por tanto, no es la interrogante. El problema es la respuesta.

El problema es que, al apelar a la pregunta, están surgiendo narrativas que nos dicen que nuestra identidad es exclusivamente la de nuestro grupo, por nacimiento, raza o religión. Una identidad de la que no tenemos escapatoria. Que nos dice que solo los de nuestro grupo pueden protegernos, protegernos contra "los otros"; aquellos que seguro arremeterán en nuestra contra, aquellos que son los responsables de todos nuestros males.

Una identidad que pareciera decirnos que solo los que son como nosotros pueden ayudarnos, cuidarnos y llevarnos a una convivencia armónica... Que pareciera invitarnos a una utopía donde solo cabemos nosotros.

Y por alguna razón, alguna circunstancia histórica, cada vez más gente cae en la trampa. Viendo un anuncio en el metro, un autobús pasar con una pancarta política, escuchando un megáfono sonar a la distancia, de repente encontramos, por fin, a alguien que nos responde aquello que llevábamos tanto tiempo preguntándonos.

Y nos decimos, ya de una buena vez por todas: "Sí, es verdad, soy parte de este mi grupo. He decidido estar contigo. Contigo y en su contra."

Ahora bien, esta no es la primera vez que, en los últimos cien años, surgen este tipo de movimientos. Pero sí es la primera vez que surgen de manera tan masiva en momentos de paz social. Algo sumamente preocupante que intentaré de explicar luego.

Si me preocupa tanto este fenómeno, es quizás porque por las circunstancias en las que nací, quizás por suerte o accidente las preguntas identitarias nunca han sido nuevas. Yo soy, por nacimiento, costarricense e hija de primera generación de inmigrantes judíos. Un cóctel de identidades con el que desde la más temprana edad tuve que lidiar.

Pero, a diferencia de los ideólogos identitarios, siempre ante la interpelación de escoger entre una identidad o la otra me preguntaba: Pero, "¿Y por qué tengo que escoger?" "¿Por qué tengo que decidir entre distintas partes de mí misma?"

Mucho se ha dicho de la diferencia entre las identidades excluyentes y las identidades incluyentes. Mi respuesta personal fue ir construyendo una identidad que me dejaba, simplemente, ser distintas cosas a la vez. Ser, no a pesar de la complejidad, sino gracias a ella. Una identidad que arrojaba todos mis mundos sin renunciar a lo que cada uno de ellos era. Que fuera incluyente en el sentido más profundo y trabajoso de la palabra.

Una identidad que me ha permitido ser lo que ahora soy: mujer, tica, judía, latinoamericana e iberoamericana a la vez.

Les confieso que cuando escucho estos discursos identitarios, y leo palabras llenas de odio, surgidas de la simplificación del otro, oigo ecos terribles, cacofónicos, difíciles de entender. Ecos que realmente me preocupan. Pues las similitudes entre los discursos que están surgiendo y otros del pasado tampoco se me escapan.

Yo no nací en Costa Rica por accidente. Mi familia llega a Costa Rica después de la segunda guerra mundial. Sé el sufrimiento que traían, un sufrimiento que no deja de maravillarme cómo superaron para empezar una nueva vida, en un país distinto.

Si estoy alerta y me preocupo, y hago ejercicios de introspección para entender lo que sucede, es por ellos. Porque sé lo rápido que puede derrumbarse lo que creímos indestructible: un marco de derechos, justicia y respeto. Sé lo triste e injusto que es partir a las sociedades en grupos, la cantidad de gente inocente que sufre la discriminación arbitraria de los demás.

Pensar en mis padres es, por supuesto, pensar en la Costa Rica que los recibió. Que les dio la oportunidad de que con esfuerzo y mucho trabajo pudieran criar una familia en un marco de respeto y dignidad.

Un pueblo en el que crecí en igualdad de condiciones, del que me enorgullece enormemente ser parte y que me eligió, a pesar de haber nacido primera generación en Costa Rica, como su vicepresidenta.

Una Costa Rica que, ahora al recordarla, me lleva a mi segunda pregunta:

¿Por qué ahora?

¿Por qué ahora más que nunca nos sentimos eligiendo constantemente nuestra pertenencia? ¿Y por qué con creciente frecuencia se traducen en ideologías políticas que responden, cada una a su manera, con el mismo hostil pesimismo a nuestras incógnitas?

Si la Costa Rica en la que crecí puede, claramente, servir de ejemplo para los tiempos que corren es porque hoy en día, viendo lo que sucede, me pregunto si quizás sí tuve suerte. Quizás, si logré encontrar una identidad incluyente, fue porque tuve una sociedad que me acompañó. Que no me obligó a decidir entre ser una cosa otra o la otra. Que me dio la libertad de poder lidiar yo misma con la complejidad de forjar mi propia personalidad

Sé que no todos tienen esta suerte. Porque la identidad, a final de cuentas, no reside nada más en el individuo. La identidad está siempre en una constante tensión entre el individuo y su sociedad.

En mi opinión este resurgimiento de políticas identitarias son la punta de un iceberg al que llevamos tiempo acercándonos. Encuesta tras encuesta, estudio tras estudio, nos muestra que llevamos años fragmentándonos y polarizándonos.

Según el último Latinobarómetro, sólo un ínfimo 14 % de los latinoamericanos confía, ya no en sus instituciones, sino en sus propios vecinos. El 86 % sólo confía en su familia. Un balance que es ahora la mitad de lo que era hace veinte años. Del otro lado del Atlántico las cifras son mejores, pero se observa un deterioro: sólo el 50% de los españoles confía en sus vecinos y una mayoría está insatisfecha con el funcionamiento de su democracia.

En Estados Unidos, único país donde se mide rigurosamente lo que se ha llamado la polarización afectiva (la percepción moral más básica que tienen gente de partidos políticos opuestos entre sí), la desconfianza lleva décadas aumentando vertiginosamente. Y lo que es peor: nutriéndose de una especie de visión apocalíptica. Para el año 2014, el 38 % de los demócratas pensaban que el partido republicano era "una amenaza para el bienestar para la nación". Y viceversa: el 43 % de los republicanos pensaban lo mismo de los demócratas. Y esto en el 2014. Después de las elecciones del 2016 estas cifras seguramente habrán aumentado notablemente.

Para que se hagan una idea, estas cifras hace apenas veinte años, eran 16 y 17 % respectivamente. Cosa que delinea claramente una larga y profunda tendencia. Que traza un movimiento que tal vez no vimos porque sucedía a la periferia de nuestra visión.

Tan convencidos estábamos del triunfo el liberalismo y los derechos humanos. Quizás estábamos obnubilados y nuestras sociedades no eran tan abiertas e incluyentes como pensábamos.

Quizás esta sea, entonces, una primera respuesta del “por qué ahora”: tal vez, cuando nos iba bien, los valores los dábamos por sentado, y fue el irnos mal y la crisis lo que nos hizo darnos cuenta de algo que ya llevaba tiempo sucediendo. Como dicen por ahí: cuando baja la marea se ve quien no tenía el bañador puesto. Y así, quizás, nos enteramos de que habíamos dado por supuesto lo que no estaba conquistado, o por lo menos lo que no lo estaba para todos. Que la democracia no era un dato, que había que construirla permanentemente, y que el legado de la ilustración y los valores no podían ponerse en un cajón para luego sacarlos cuando mejor nos conviniera. Que no tenía razón Fukuyama: que no estábamos al final de la historia.

Pero regresemos. La desconfianza y la polarización afectiva sabemos que están fuertemente correlacionadas con la desconfianza institucional. De manera que, por más que nosotros no tengamos datos exactos que midan este tipo de polarización en nuestras sociedades, no es descabellado pensar que Iberoamérica, también, está viviendo uno de los períodos más polarizados de su historia reciente, pues sin duda está viviendo el momento de mayor desconfianza de sus últimos veinticinco años.

De hecho: les propongo hacer esta encuesta que falta. Que lo hagamos silentemente y entre nosotros. Una encuesta que tiene doble relevancia por hacerse en este espacio tan importante: la universidad. La universidad que siempre debe recordarnos que la democracia es debate y el aprendizaje es fricción.

Veamos,

Primero: ¿Cuándo fue la última vez que alguno de nosotros tuvo una conversación con alguien que pensara distinto, específicamente del Partido contrario, y de la que salió pensando que había puntos respetables sobre los que valía la pena reflexionar?

Segundo: aún en el desacuerdo, ¿respetamos o tememos las ideas del otro?

Y tercero: si les digo que se imaginen a alguien del partido opuesto, ¿cómo se lo imaginan?

¿Cómo?

Ese es el problema de la polarización. Desprovistos de correspondencia entre las partes, nos vemos forzados a tener que imaginarnos a los otros. A dibujarlos desde lejos. A resaltar solo lo más notable de sus características y a volverlos, en definitiva, caricaturas.

Hay algo curioso en esto. Pues cada vez más veo cómo nosotros mismos estamos forjando la identidad de los demás. Cómo cometemos el mismo error que decimos cometen los excluyentes contra nosotros. Pues al decir: “todos los votantes de tal o cual partido, son xenófobos, o machistas o racistas... sin ningún tipo de perdón... ¿acaso no estamos ofreciéndoles también un ‘estás conmigo o en mi contra’? ¿acaso no estamos negándonos a poder cambiar nosotros mismos y negándoles a ellos esa misma posibilidad?

Las sociedades polarizadas son sociedades donde a las identidades incluyentes les cuesta echar raíz. Sociedades que crean enemigos y no ciudadanos.

Siento que parte del problema por el que transitamos es que no hemos sido lo suficientemente autocríticos. Sé que no es fácil, pero se me figura como la única manera de entender cuál es el origen de esta polarización.

Pues solo con humildad podemos entender al otro, por más en desacuerdo que estemos. Solo con humildad podemos bajar el escudo para ver bien en el panorama. La autocrítica es un salvoconducto. Un salvoconducto para cruzar la tierra de nadie que nos separa.

Autocrítica y Origen de la Polarización

Un ejercicio de autocrítica arrojaría ciertas conclusiones cercanas:

- 1) Parte de la desconfianza de nuestros ciudadanos se debe a la crisis financiera y a la vulnerabilidad e inseguridad que han vivido amplios grupos de la población. Una desconfianza cuyo correlato es el crecimiento de las distintas desigualdades. Desigualdades no sólo verticales (es decir, socioeconómicas) sino también horizontales, aquellas que nos alejan y nos dividen: las desigualdades entre grupos y entre generaciones.
- 2) La simplificación de los problemas nos ha llevado a excusarnos de la difícil tarea de entender la realidad y al otro en toda su complejidad, a entender las brechas que nos separan en simples términos propagandísticos.

La evidencia en buena parte da fe de estas realidades.

Uno de los estudios más interesantes que he leído recientemente muestra un dato revelador. Los municipios en los que suelen ganar los partidos antiinmigrantes son los municipios donde hay menos inmigrantes. Es decir, donde hay menos contacto entre estos grupos supuestamente enfrentados.

Otro dato lo corrobora: si hacemos un estudio multivariado, una de las cosas que más define si una votante equis se fue o no por el *Brexit*, por ejemplo, es si vivía en una ciudad de más de 50.000 habitantes o menos de 50.000 habitantes. *Ceteris paribus*, gran parte de la polarización de nuestras sociedades es literalmente geográfica.

Hillary Clinton, por ejemplo, perdió en Texas, pero ganó en Houston. Trump perdió en Manhattan, pero ganó en Upstate New York. No hay contacto entre las partes porque literalmente no nos vemos.

¿Es que acaso, realmente, no nos estamos encontrando en ningún lugar? Vivimos en sociedades segmentadas, donde los lugares de encuentro con los otros, con los distintos, se van estrechando.

En América Latina, particularmente, pareciera que ya no nos encontramos en ningún lado, ni en las mismas escuelas, ni en los mismos barrios, ni en los mismos parques, ni en los mismos centros comerciales. Producto de nuestra desigualdad económica, 75% de los latinoamericanos cree que “hay un conflicto muy fuerte entre pobres y ricos en la región”, un dato que dice mucho.

Estamos creando burbujas que son menos figurativas de lo que nos imaginaríamos: burbujas casi físicas que nos tienen literalmente aislados los unos de los otros.

Pareciera que nuestra polarización, nuestra visión apocalíptica del otro, está basada en gran parte de un verdadero desconocimiento de su entorno y sus circunstancias.

Una visión que, por último, ha tenido como agravante la creciente tendencia de la simplificación de los problemas. Un fenómeno que no es nuevo pero que ha despegado con la aparición de las redes sociales y los *fake news*, las cuales hacen que ahora cuando nos imaginamos a un votante de un partido opuesto (y viceversa, cuando ellos nos imaginan a nosotros) pensemos directamente en el representante más extremista del bando y la idea más absurda del manifiesto.

Personas e ideas que definitivamente existen pero que nos hacen olvidar, en esa caricatura, de aquellos que, en parte desprovistos de un centro político, se ven forzados a tomar posiciones extremas con las que solo parcialmente conviven, posiciones en las que a veces solo momentáneamente apuestan.

Este es el mundo que vivimos. Un mundo donde la complejidad y los matices no tienen rating. Donde los que más leemos y más oímos y más retuiteamos son los mensajes más ruidosos y polémicos.

Y donde, peor aún, estamos perdiendo algo más fundamental inclusive. El axioma principal de nuestra actual paz y prosperidad: el reconocimiento de que los derechos humanos están basados en que toda persona, todo individuo, es igual de digno que nosotros, por más en desacuerdo que estemos con sus ideas.

En que aquí no hay ángeles ni demonios, sino seres humanos, en toda su promesa, complejidad y ambivalencia.

No podemos caer en esta trampa. Tenemos que erradicar las caricaturas y el maniqueísmo de nuestra visión. Como decía la doctora Pauli Murray: “Cuando mis hermanos intentan trazar un círculo para excluirme, yo trazo un círculo más grande para incluirlos a ellos”.

En mi opinión, no hay mejor manera para enfrentar este reto que regresar a sociedades abiertas e incluyentes. Algunos pensarán que es ingenuo, pero no hay mensaje más realista que este porque sé que si algo nos ha traído estos últimos 70 años de la historia Universal es precisamente el humanismo que forjó esta modernidad que hoy en día pelagra. Un humanismo que nosotros mismos en nuestro miedo, a veces extraviados sin saberlo.

Mientras más profundizamos en este debate, más nos acercamos a esta piedra angular de nuestra sociedad. Para rescatarla debemos sumergirnos. Ir a buscarla. Porque si hay algo más que pudiera arrojar este ejercicio autocrítico, es que quizás hemos caído demasiado en la abstracción. Se nos ha olvidado todo lo que ha implicado realmente la búsqueda y reivindicación histórica de los derechos humanos, una búsqueda que todos en nuestras vidas en cierta medida debemos replicar. Pues los derechos humanos son también un deber: el deber de resguardarlos ante toda adversidad y ante todo adversario.

Francisco de Vitoria y los espacios para el encuentro

No hay mejor sitio que este, la Universidad de Salamanca, para hablar de la larga y serpentina historia de la búsqueda y reivindicación de los derechos humanos. Una historia cuyo resultado, la declaración universal de 1948, a veces tomamos por descontado, víctimas de nuestras propias abstracciones.

Quiero aprovechar esta ocasión para reivindicar el legado de los salmantinos Fray Bartolomé de las Casas, y Francisco de Vitoria. Dos luminarios que se adelantaron por generaciones a los pensadores que tradicionalmente han sido conocidos como los fundadores del internacionalismo. El origen de la concepción de los derechos humanos, de la igualdad de nuestra dignidad bajo la ley, nació aquí, en Salamanca y aquí, en Iberoamérica.

Una muestra más que nuestra región tiene con qué para ser moderna y parecerse a sí misma a la vez. Que no tenemos por qué, como decía Octavio Paz, “sacrificar nuestra identidad en el altar de la modernidad” en un arrebato de complejos y leyendas.

Si algo nos enseñan sus historias es que la concepción de los derechos humanos no nació primero de la teoría o como nacen las conjeturas matemáticas. No fue producto de la imaginación del otro. Fue producto, precisamente, del encuentro con el otro.

Aún en el caso de Vitoria, quien apuntó hacia una derivación legal del reconocimiento del derecho natural universal en su célebre “Relectio de Indis”, esta formalización se nutrió siempre de un sentimiento humanista que iba más allá de la abstracción jurídica.

Si los salmantinos lograron concebir tales ideas, si lograron abanderar la lucha a pesar de las circunstancias, fue por el más puro y llano amor al ser humano. Un amor que aprendieron no en la teoría sino en el ejercicio. Ya sea en la docencia, paciente y perseverante, que caracteriza a los buenos profesores y a Vitoria, o en el sufrimiento traumático de aquella isla La Española en la que Las Casas se pronunció por primera vez en defensa de los indios. Un amor humanista cargado más de acciones que de decretos.

Que nos recuerda que a querer se aprende queriendo. Desde lo más cercano a los más lejano. Desde los nuestros, a los otros.

La historia de Las Casas y de Vitoria debe servir para recordarnos una verdad fundamental. Los Derechos Humanos no son el principio de la ética, sino su fin. Son el destino final de un largo camino que todos estamos obligados a transitar. Un camino cuyo guía y aliciente es la esperanza en la bondad humana. Un camino que requiere de nosotros, sobre todo, humildad y perseverancia. Un camino que no tiene el lujo de esquivar tal o cual parte del planeta, tal o cual grupo social al que excluimos o ignoramos. Un camino que ahora tenemos que transitar una vez más para darle otra oportunidad al civismo y a la sociedad.

Queridos amigos, queridas amigas:

Nos encontramos en una encrucijada dolorosa y preocupante. Una encrucijada que pareciera dibujarnos mil senderos y destinos distintos, cada uno para cada quien y para cada grupo. Una encrucijada que los malos virajes del pasado resaltan en su relevancia.

Ante estos disentimientos, no podemos dejar que el pesimismo nos derrote. Aún queda mucho por hacer para mejorar nuestras instituciones, cerrar nuestras lamentables brechas sociales, podar y cuidar la tierra y el planeta que tanto hemos maltratado... Sería un acto de incalculable egoísmo pensar que seremos la generación con más alto nivel de desarrollo humano si a la vez irresponsablemente decidimos no corregir nuestros excesos y al final dejamos un mundo peor a nuestros hijos y a ustedes, los jóvenes. Pero estas son tareas que solo podremos lograr si lo hacemos juntos. Si nos aceptamos y reconciliamos.

Si caemos en la trampa de caricaturizar al "otro" lo único que haremos es empeorar el problema. Así, las instituciones se volverán piñatas de turno para el grupo social de turno. Así, las desigualdades aumentarán según las distintas polarizaciones sociales.

Desde la Secretaría General Iberoamericana he hecho una de mis prioridades tratar de fomentar estos espacios para el encuentro. Ya sea a través del programa de Campus Iberoamérica, un programa inspirado en el Erasmus europeo que busca incentivar ese descubrimiento de la diversidad. Y hacerlo, además, desde la educación, el espacio siempre más propicio para reconocernos.

O ya sea a través de los laboratorios de innovación ciudadana, los cuales años tras año reúnen a todo tipo de ciudadanos de nuestra Iberoamérica (indígenas, ciudadanos, hombres, mujeres, afrodescendientes, europeos) en búsqueda de soluciones innovadoras y concretas a los problemas de una localidad puntual de la región. Donde además de ayudarse se conocen. Se hacen amigos y siguen construyendo esa región que se ha construido a través de los siglos por la gente y sus encuentros.

Gente que nos enseña de la manera más sencilla y más eterna que el cimiento del multiculturalismo es el encuentro abierto y tolerante con la diversidad.

Queridos jóvenes:

T.S. Eliot decía: “No nos cansaremos de explorar/ y al final de nuestra exploración/ arribaremos a donde partimos/ y conoceremos el lugar por primera vez/”. Todos lo que hemos tenido este lujo de viajar y regresar sabemos que no hay nada más valioso que salir de nuestros espacios seguros y cómodos para enfrentarnos al exuberante caos de afuera. Un caos que siempre nos enseña a vernos con ojos más humildes y más amables, un caos que nos estrena en la hermosa complejidad del mundo en el que vivimos.

Quiero invitarlos a que pasen la vida con estas ansias de viaje al conocimiento y a la experiencia. Que vayan allí donde nadie les espera. Allí a las ciudades y los bastiones de los que supuestamente son “los otros”. Ya verán cuando toquen una puerta, y pidan sentarse. Ya verán cuando empiecen a hablar de la vida, que es la misma.

Este es un viaje que Iberoamérica ha transitado tantas veces. La nuestra es una región de peregrinos, mercaderes, peatones y navegantes. Una región que ha sobrevivido, a pesar de tantos conflictos a través de los siglos, porque siempre se ha atendido a esta visión más inclusiva de nuestra humanidad. Que ha sobrevivido porque siempre ha visto más allá del horizonte. Que ha sobrevivido porque la visión es nuestra. Porque, al final de todo, lo que vale la pena siempre sobrevive. A veces, como aquí, hasta por más de ochocientos años.

Muchas gracias.